

Pregonero de Justicia

Dedicado a la restauración del cristianismo del Nuevo Testamento
en esta generación — *sólo por gracia, sólo por Cristo, sólo por fe*

Abril - Junio, 1979

Volumen 3, Número 2

Cartas — pág. 2

Editorial: Incubadoras de
Pentecostalismo — pág. 4

El Mensaje del Movimiento
de Santidad — pág. 10

La Carne y el Espíritu — pág. 20

Santidad — la Falsa y la
Verdadera — pág. 25

La Esperanza del Creyente
Cristiano — pág. 35

Subscripción Gratis — pág. 39

Cupón de Pedidos — pág. 39

Pregonero de Justicia es una revista dedicada a la restauración del cristianismo del Nuevo Testamento en esta generación. Está destinada especialmente a sostener la gran verdad de *la justificación por la fe* que presentó el apóstol Pablo, y más tarde los reformadores, en este tiempo cuando aquella verdad está siendo amenazada por el humanismo, el pentecostalismo y el ecumenismo. Viendo la necesidad de una revista no sectaria, basada en el principio de la Reforma, "*sola scriptura*", los redactores y promotores de esta revista se han unido para producir una publicación cuya norma es la Biblia y solamente la Biblia como única regla de fe y práctica. El propósito de esta revista es dar a la trompeta del Evangelio son cierto (1 Cor. 14:7-9), para que a través de palabras de fácil entendimiento podamos quedar todos "confirmados en la verdad presente" (2 Ped. 1:12), y cual Noé ser, "pregoneros de justicia" (2 Ped. 2:5).

Editor: Roberto D. Brinsmead
Editor Asociado: Ricardo Marín

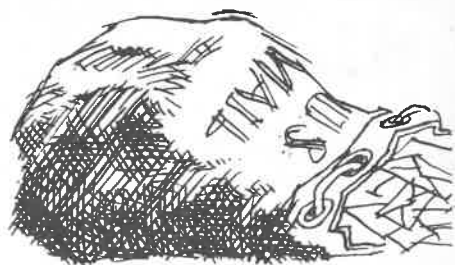
Patrocinadores: Un grupo de cristianos cuyo blanco es fomentar la restauración de las enseñanzas del Nuevo Testamento. Esta revista no tiene patrocinio denominacional. Ella es sostenida solamente por ofrendas voluntarias de aquellos que ven en *Pregonero de Justicia* una esperanza y salvaguardia para la generación actual.

Colaboradores: Siendo que la verdad está por encima de las preferencias y los prejuicios de cualquiera denominación, los editores dan la bienvenida a los escritos de quienes deseen colaborar y los juzgarán por sus méritos solamente. Si desea que se le devuelva su manuscrito, favor de avisarnos cuando lo envíe.

Subscripciones: Las subscripciones son gratis para los que lo soliciten personalmente. Use el cupón provisto en la última página.

Cambio de dirección: Favor de avisarnos su cambio de dirección.

Rights reserved. Copyright © 1979 by *Pregonero de Justicia*, P. O. Box 700 Fallbrook, California 92028 EE. UU. Reservados todos los derechos. Reproducción en total o en parte sin obtener permiso escrito se prohíbe.



Agradezco mucho su amable ofrecimiento y deseo que el Señor use su publicación para que muchos se den cuenta de que "en el Evangelio, la justicia de Dios se revela por fe y para fe". Tanto más porque en la América Latina está reinando (en amplios círculos) la religión del sentir.

H. M., Misionero evangélico
Argentina

Fue con mucha alegría que recibí una revista que me prestara un amigo; y ésta era *Pregonero de Justicia*. El enfoque de la misma es un reto a la iglesia y cuerpo de Cristo en este siglo.

L. E. O.
Puerto Rico

En estos días de tanto error, doctrinas diabólicas y confusión, la Biblia se yergue poderosa, a pesar de lo malo que vemos. Nuestras congregaciones necesitan ser sabiamente alimentadas, por lo que creo que la revista y literatura que ustedes mandan, son tan buenas, que son dignas de ser leídas.

D. C. C., Pastor Bautista
Ecuador

Cartas

Dirijan sus cartas a PREGONERO DE JUSTICIA,
P. O. Box 700, Fallbrook, California 92028



El Dios a quien yo sirvo se hizo real, se reveló a mi vida sobrenaturalmente; me salvó dándome un testimonio claro y definido de salvación, y aún más me santificó, erradicando mi naturaleza de pecado y dándome poder para vivir una vida santa y victoriosa sobre el pecado que regía mi vida. ¡Alabanzas sean dadas a El! Hoy en día me siento inundado de amor por El, y por mi prójimo. ¡Yo que antes sólo sentía odio, rencor, amargura! Sí amados, hoy siento amor, por los perdidos especialmente. Quisiera que todos sean salvos, y estoy procurando que así sea. Sé que sólo los que tienen el Espíritu de Señor pueden trabajar por el Amado, mas gloria sea a El, yo quiero trabajar por El.

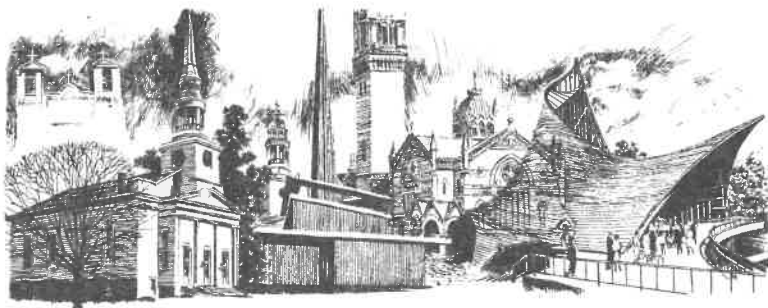
M. V. C.

Chile

Hace tres años llegaron aquí los pentecostales, juntaron muchísimas personas, construyeron un templo y sostienen a su pastor. La influencia pentecostal desvía la verdad profunda de la experiencia salvadora por un culto espectacular y emotivo, sentimental. Se ofrece sanidad, hablar en lenguas, grandes maravillas, acompañadas de gritos, saltos, levantamientos de manos y lloros. He preguntado a muchos de ellos si tenían la seguridad de la salvación. Responden, preguntando si yo he sido bautizado con el Espíritu Santo y si tengo poder de echar demonios y si hablo en lenguas extrañas. ¡Cuan liviano! fundamentando su fe sobre "Paja", "Hojarazca", "Madera". Pero es un culto atractivo bien elaborado con guitarra, acordeones, baterías, panderetas, palmeteo de manos. Se ríen de nosotros y nos hacen sufrir diciendo que no tenemos "el Espíritu Santo", que no sanamos, ni que somos la iglesia apostólica, y algunos de los nuestros se fueron con ellos. Las *Cuatro Grandes Certezas* vienen bien por dos motivos: 1ro, el pentecostalismo; 2do, el modernismo en que han caído las iglesias fuertes locales. Tienen un mensaje socialista. ¡Que pena! ¡Que dolor! Dos extremos, euforia y socialismo, o algo análogo.

A. G., Pastor Protestante

Uruguay



Editorial: Incubadoras de Pentecostalismo

En un número anterior de *Pregonero de Justicia*, examinamos al Movimiento Pentecostal en la luz del Evangelio de los apóstoles y de los reformadores. Pesado en la balanza del Evangelio fue hallado falto. Pero nos apresuramos a añadir que no podemos lavarnos las manos en la inocencia, y ni siquiera decir con satisfacción: "Allí estaría yo si no fuera por la gracia de Dios".

El Movimiento Carismático tiene sus raíces en todas las iglesias establecidas. Podemos enorgullecernos de nuestra ortodoxia y aborrecer la pretensión de poseer el don de lenguas, pero, como parte del cuerpo protestante en general, hemos estado operando las incubadoras del pentecostalismo. La verdad que nos condena a nosotros mismos puede no ser bien recibida. Israel se regocijaba cuando escuchaba a Amós amonestando las naciones circunvecinas como Damasco, Gaza, Ascalón, Edom y Moab (véase Amós 1, y 2), pero cuando el profeta dijo: "Así ha dicho Jehová: Por tres pecados de Israel y por el cuarto. . ." buscaron inmediatamente algún modo de hacer volver el humilde profeta a Tekoa.

La Herejía de la Ortodoxia Formalista

Los que son batalladoramente leales al protestantismo ortodoxo deben comprender que algunas veces la ortodoxia formalista es la peor de las herejías. El período que siguió a la

época de los reformadores se conoce en la historia religiosa como la era de la ortodoxia. En tanto que produjo alguna buena teología trajo consigo una iglesia muerta, lo que a su vez generó la reacción inevitable del pietismo.

La ortodoxia tiende a confundir la rectitud de credo con la fe salvadora. Confunde su definición de la verdad con la Verdad viva misma. Hace que el creyente dirija su fe hacia un cuerpo ortodoxo de doctrinas más bien que hacia la Persona de Jesucristo. De esta forma es que se intelectualiza a la fe. Este proceso se manifestó en la iglesia primitiva después que los apóstoles bajaron del escenario y se repitió después que pasó la generación de los reformadores.

En una ocasión cierto ministro le preguntó a un célebre actor, por qué la gente se amontonaba en los teatros y estadios en vez de hacerlo en las iglesias. El actor contestó: "Ustedes los predicadores hablan de las cosas reales como si fueran imaginarias, pero nosotros hablamos de las cosas imaginarias como si fueran reales".

Muchas personas no pueden soportar el formalismo muerto de la "antigua y buena" iglesia. Algunos han tomado la religión de la misma forma que un niño se toma una medicina; como algo terrible de tomar. Ahora parece haber algo de vida y vitalidad en el Movimiento Carismático. Después de todo, ¿quién puede culparlos por estar desilusionados con iglesias donde predicadores dormidos le predicán a gente dormida?

En vista de la amenaza, muchos ministros están adoptando el refrán popular que dice: "Si no puedes contra ellos, únete a ellos". Esta es la manera como piensan ellos llevar a sus iglesias, en forma aceptable, el circo carismático con su "rock" religioso, sus acrobacias lingüísticas y sus fantásticas alucinaciones religiosas.

Por supuesto, hay cierta clase de ministros que ni siquiera intentan competir con los "profetas instantáneos" de sus congregaciones. Estos están determinados a conservar la "senda antigua". Pero desafortunadamente podrían quedarse persiguiendo al diablo en una bicicleta cuando éste huye en un avión.

El pentecostalismo puede ser una plaga y una herejía, pero ¿será peor que una ortodoxia muerta, donde escasamente circula el aliento de vida celestial? ¿Cómo podemos condenar en justicia al pentecostalismo cuando somos nosotros mismos los que lo engendramos?

Falta de Celo Evangélico

La palabra entusiasmo ha venido a considerarse como una mala palabra en la mayoría de los círculos ortodoxos. Conjura en la memoria la visión de los evangélicos radicales del siglo dieciséis (a los que Lutero llamaba "los entusiastas"); la visión de reavivalistas con cabezas flamígeras dentro del movimiento de santidad y la visión de pentecostales emocionados. Supóngase que pudiéramos escuchar a los primeros cristianos proclamar la resurrección de Jesús; ¿es descartable del todo la posibilidad de que los acusáramos (como hizo Roberto Walpole con Wesley) de dejarse llevar de un "feísimo entusiasmo"?

Los editores del *Pregonero de Justicia* creen que el apóstol Pablo no viró el mundo al revés, dictando conferencias teológicas secas (aunque correctas). Su mensaje era movido y con vida. Era acerca de un Salvador crucificado, resucitado y proximo a venir. Pablo habló con toda su alma y pasión, como también en el poder del Espíritu. Los discípulos que descubrieron a Jesús en su camino a Emmaús no cansaron a los demás discípulos contándoles la letanía de un "primer", "segundo" y "tercer" paso.

No ofrecemos disculpas por decir que el Evangelio sigue siendo la más excitante noticia que jamás se haya proclamado entre los hombres. Jesús es la Perla de gran precio. El Evangelio es el tesoro escondido en un campo. Cristo ha quitado el pecado, conquistado a la muerte y nos ha dado la vida eterna. ¿Quién puede declarar esto sinceramente sin entusiasmo?

El saludable entusiasmo que Cristo pide que tengamos en la proclamación del mensaje final para su iglesia no debe confundirse con el entusiasmo pentecostal. Los pentecostales se llenan de cierta euforia por lo que ellos suponen que el Espíritu está haciendo en sus vidas. En las palabras de cierta publicación, esto se dice como sigue: "Los muchachos de Jesús están muy excitados por lo que el Espíritu Santo está haciendo en sus vidas". Por lo intensamente subjetivo, introspectivo y enaltecedor del ego, esta clase de entusiasmo no es saludable. (El orgullo nunca es mayor que cuando se tiene una experiencia religiosa sorprendente que relatar). Con todo, no puede negarse que los apóstoles eran unos entusiastas. Pero su entusiasmo estaba fundado sobre algo **objetivo**. Su mensaje era la

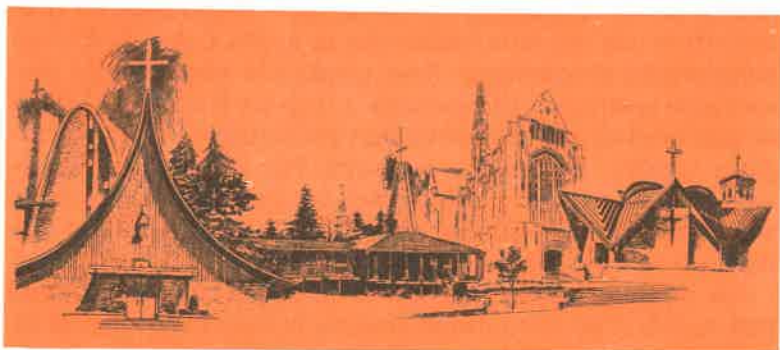
Buena Nueva de lo que Dios había hecho por ellos en Cristo “y con gran poder los apóstoles daban testimonio de la resurrección del Señor Jesús”. Hech. 4:33.

El Evangelio sigue siendo nuevas de gran gozo para todas las naciones (Lucas 2:10). Las alternativas no deben ser ni cristianismo tibio, ni el entusiasmo del pentecostalismo. La cuestión debe ser si nuestro entusiasmo está basado en nuestra experiencia o sobre la gloria de la actividad salvadora de Dios en Cristo.

El Fracaso de No Sostener la Centralidad de la Justificación

Se conoce muy bien que Lutero describió a la doctrina de la justificación por la fe como el *“artículus stantis vel cadentis ecclesiae”*—es decir, el artículo de fe que decide si la iglesia permanece o cae. No es suficiente que tengamos esta doctrina como una más entre las que están establecidas en nuestro credo. Lutero quiso decir que esta doctrina tenía que ser la verdad que se tragaría a todas las demás. Muchos profesarán creer en la justificación por la fe. Puede que hasta suenen muy correctos, pero para ellos esta doctrina representa sólo un paso inicial en la vida cristiana y deja de ser el artículo central porque otras cosas, como la experiencia cristiana, la santificación o la vida llena del Espíritu, desplazan a la justificación en su forma de pensar, escribir y predicar.

Cuandoquiera y dondequiera que se haya predicado la verdad de la justificación por la fe, el Espíritu Santo estuvo presente para renovar al pueblo de Dios y para traer el aliento celestial a la iglesia. El es el que riega el jardín de Dios y el que hace brotar nueva vida, produciendo frutos para la gloria de Dios. Si razonamos de efecto a causa podemos decir confiada-



mente que la triste condición presente del protestantismo en general es el resultado de haber descuidado la verdad de la justificación. Y por esto es que se nos está castigando con la plaga del pentecostalismo.

La Mentalidad Reavivalista Santificacionista

Algunos pueden estar pensando: "Hagámosle frente al asunto del pentecostalismo teniendo un reavivamiento en nuestra propia iglesia". Aparte de lo inútil que es el pensamiento de que se puede tener un reavivamiento en la iglesia en el momento que se lo desea (como si se pudiera llamar al Espíritu Santo como se llama a un siervo obediente), debe hacerse la observación de que el pentecostalismo es el resultado final de una mentalidad reavivalista que por más de cien años ha estado creciendo en la América protestante.

En "los buenos tiempos" de los días de la frontera, la gente recibía su religión con grande colorido y excitación. La esencia de la "buena" predicación era producir una respuesta emocional en la congregación. Fuera que la predicación se diera para la primera bendición de la conversión o para la "segunda bendición" de la completa santificación, su énfasis a-brumador tendía hacia la adquisición de una experiencia que pudiera verse, escucharse o palpase. El énfasis recaía sobre una experiencia sentimental, más bien que sobre la justicia que es de la fe; sobre un suceso subjetivo más bien que sobre el Evangelio objetivo. Como lo señala el erudito católico Louis Bouyer en su libro *The Spirit and Forms of Protestantism* (El espíritu y las formas del protestantismo), generalmente los reavivamientos son una antítesis del mensaje de la Reforma acerca de la justificación mediante una justicia imputada. De hecho, como él apunta, tienden a llevar el movimiento protestante a una armonía básica con la iglesia Católica. El pentecostalismo simplemente lleva consigo la tradición del reavivalismo americano, ofreciéndole a la gente la culminación de lo que muchos reavivamientos han prometido—un suceso religioso tangible, empírico y excitante. Por la forma en que generalmente se llevan a cabo, estos reavivamientos engendran el pentecostalismo, aunque los reavivalistas se opongan violentamente a las "lenguas".

Lo mismo puede decirse del movimiento de santidad que asedió al protestantismo americano durante el siglo dieci-

nueve. Los grupos de "santidad" todavía existen; la teología de "santidad" todavía circula en millones de libros hoy día. Los propagadores del énfasis de la "santidad" pueden oponerse a los pentecostales pero el hecho es que, en su énfasis fundamental, su teología es la misma. Puede que difieran en cuanto a la forma en que dicen obtener su "segunda bendición" pero su filosofía religiosa es la misma.

La teología de "santidad" se caracteriza por su énfasis supremo en la experiencia cristiana; "la vida llena del Espíritu", "la vida victoriosa", etc. Allí la obra de Dios en el hombre suplanta al Evangelio de la obra de Dios por el hombre. Allí la justificación no es el centro de su mensaje, y la santificación o la vida llena del Espíritu o "Cristo en vosotros" etc., le quita la centralidad a la justificación. Con frecuencia adquiere la forma de promover una "segunda bendición" definitiva, algo que supone ser mucho mejor y mayor que la justificación. El énfasis se orienta hacia el hombre y hacia su experiencia. Es abrumadoramente introspectivo y subjetivo. Pone a la gente a velar arduosamente su temperatura espiritual y a tomarse el pulso espiritual constantemente. Ha producido sus miles de hipocondríacos espirituales, y su testimonio se ocupa del "Cristo" en ellos y de los sentimientos de santidad o destellos de pureza que éste les haga experimentar. Las personas que se han dedicado a seguir este curso nunca pueden estar seguras del momento en que gozan de esta segunda bendición especial. Y es aquí donde el pentecostalismo propone una respuesta tangible para esta interrogante. Propone que la "segunda bendición" puede reconocerse por el fenómeno físico-visible del "hablar en lenguas". Mientras los revivalistas y las cruzadas juveniles orienten a la gente hacia su propia experiencia estarán respaldando al movimiento pentecostal, aunque griten a toda voz en su contra.

Finalmente decimos que, a menos que participemos en un despertar genuino y en la readquisición de la verdad central de la Reforma (la justificación por la fe), no tendremos recursos para resisitir el degüello presente de subjetivismo religioso. Y si traicionamos el secreto de la fortaleza del protestantismo, entregándoselo a la Dalila del ecumenismo, quedaremos avergonzados y humillados en la prueba venidera de esta gran confrontación espiritual.

El Mensaje del Movimiento de Santidad

Los historiadores protestantes, tanto como los católicos, reconocen que el movimiento carismático moderno tiene sus raíces en el movimiento de santidad. El pentecostalismo es la extensión lógica e inevitable de la teología de santidad. Por esta razón el *Pregonero de Justicia* dedicará este número a una evaluación de la doctrina de santidad.

Citaremos de dos libros del énfasis "santidad" (libros que aún están en circulación en los Estados Unidos). Así como existen muchos tipos de pentecostalismo, existen también muchos tipos de doctrina del énfasis "santidad". Pero toda doctrina de este énfasis se distingue fácilmente por una característica: en vez de permitir que la santidad de vida aparezca en su lugar verdadero, como fruto de la predicación del Evangelio, la consecución de santidad en la vida constituye de suyo el evangelio de santidad.

La primera presentación, escrita por Juan Morgan, propone como condición para ser justificado tal estado de santidad de vida que es seguro que ningún pecador jamás alcanzaría la justificación si tuviera que satisfacer la condición. La enseñanza de Morgan es un grito a la distancia cuando se compara al mensaje de San Pablo: que Dios justifica al impío que cree (Rom. 4:5).

La segunda presentación, cuyo autor es C. W. Ruth, propone que la consecución de la "segunda bendición" (que supuestamente erradica el pecado innato) es una condición para retener la bendición de la justificación. Resulta evidente que

ningún creyente podría retener su justificación sobre la condición planteada por este autor del énfasis de santidad.

Ninguno de estos autores tiene cosa alguna que decir acerca del acto salvífico de Dios en Cristo. No se dirige la esperanza del creyente hacia la obra redentora de Dios afuera del pecador, sino que se la hace descansar sobre la obra de la gracia que se efectúa adentro del creyente. Esta doctrina es el viejo romanismo vestido en unos pocos estropajos reavivalistas protestantes.

SANTIDAD ACEPTABLE A DIOS, por Juan Morgan¹

“¿Con qué me presentaré ante Jehová, y adoraré al Dios Altísimo?” En todas las generaciones ésta ha sido la pregunta solemne y ferviente de almas solícitas. Es la pregunta de uno que ha pecado—pregunta, sin embargo, de esperanza y no de desesperación. Es la pregunta de uno que percibe que quizá pueda haber un acercamiento aceptable hacia el Alto y Santo. Pero tal pregunta presupone que independientemente de lo que Dios haya hecho, esté haciendo o esté listo para hacer en favor de su salvación, el que pregunta tiene una responsabilidad personal que debe afrontar, y que hay condiciones que debe cumplir. ¿Qué haré para heredar la vida eterna? Tal pregunta reconoce la agencia moral del que pregunta y la necesidad de su ejercicio pertinente.

Es de común aceptación, excepto entre los antinomianos extremos, que para recibir la aceptación de Dios resulta indispensable algún grado de conformidad con la ley divina.² Nadie, pensamos nosotros, podrá

¹*Holiness Acceptable to God* fue republicado por Bethany Fellowship Inc. Minneápolis, Minn. Las porciones aquí traducidas son de las páginas 7-51.

Juan Morgan fue amigo de toda la vida de Carlos G. Finney y consejero textual en el Colegio de Oberlin. Finney tuvo en tan elevada estima la presentación de Morgan que la incluyó en la edición original de su *Teología Sistemática*, volumen 2. Esta presentación constituye la perspectiva teológica de uno de los más renombrados reavivalistas de América. Así como la escuela de Finney enseñó que la perfecta obediencia del creyente a la ley era una condición para obtener la justificación, también se opuso a la doctrina de los reformadores de que todas las obras buenas de los santos, estando manchadas con imperfección humana, no pueden satisfacer las demandas de la ley de Dios. Nosotros nos preguntamos si la escuela de Finney estaba consciente de que, sustancialmente, sus argumentos eran los mismos que usaron los católicos romanos para oponerse a Lutero y a Calvino.

²La doctrina paulina y de la Reforma, declara que para la aceptación divina es necesario tener una conformidad absoluta con la ley de Dios. Morgan falla por completo al no mostrar que Dios ha provisto tal obediencia en la obediencia de Cristo. La fe trae a Dios la perfecta obediencia de Jesús, y esta obediencia es puesta a la cuenta del pecador. —Editor

negarse a unirse con la venerable Confesión de Westminster en la declaración de que "el arrepentimiento, cosa por la cual el pecador se aflige tanto y odia sus pecados hasta el punto de apartarse de todos ellos para volverse a Dios, proponiéndose y tratando de caminar con él en todos los caminos de sus mandamientos, resulta de tal necesidad para todos los pecadores que ninguno puede esperar el perdón sin él".

A pesar de esto, la mayor porción de la iglesia sostiene, junto con el Catecismo Mayor de Westminster, que las "mejores obras de los santos aceptados por Dios son imperfectas y están manchadas a la vista de Dios". El célebre Dr. Beecher. . . coincide en su punto de vista con la representación de la Confesión de Westminster al decir que "los que en obediencia alcanzan la mayor altura posible para esta vida. . . se quedan muy por debajo en el desempeño del deber que están sujetos a desempeñar".

Nos proponemos buscar una contestación escritural a esta pregunta: **¿Existe algún grado de santidad aceptable a Dios, que para el tiempo presente no alcance el estado de completa obediencia a la ley divina?** Hacemos esta pregunta en su forma más común, intentando aplicarla tanto a la santidad aceptable del alma recién nacida como a la santidad del cristiano más maduro. . . .

Procedamos más directamente a la pregunta; de si es o no condición de aceptación para con Dios la completa obediencia a los requisitos de la ley. Los que creen que "las mejores obras de personas justificadas están manchadas ante la vista de Dios", no pueden creer que la completa obediencia a la ley divina es una condición necesaria para el favor divino. . . .

Nada puede ser más claro que esto; que pasajes tales como Miqueas 6:8 hablan de una condición sobre la cual los pecadores pueden acercarse a Dios aceptablemente. Aquí se presenta a un serio indagador preguntando: "¿Con qué me presentaré ante Jehová y adoraré al Dios Altísimo? ¿Me presentaré ante él con holocaustos, con becerros de un año? ¿Se agrada Jehová de millares de carneros, o de diez mil arroyos de aceite? ¿Daré mi primogénito por mi rebelión, el fruto de mis entrañas por el pecado de mi alma?" ¿Puede haber algo más manifiesto que esto, que tales sean las preguntas de un pecador?

Escuchemos otra vez la contestación del profeta inspirado: "Oh hombre, él te ha declarado lo que es bueno, y qué pide Jehová de ti: sólamamente hacer justicia, y amar misericordia y humillarte ante tu Dios". El profeta presenta toda la esfera del deber, y alienta al oyente no dándole idea alguna de que puede venir delante del Señor y adorar al Altísimo con un desempeño parcial de tal deber.

La Biblia menciona santos que realmente rindieron completa obediencia. De Caleb se dice (Núm. 14:24): ". . . mi siervo Caleb, por

cuanto hubo en él otro espíritu, y decidió ir en pos de mí", ". . . a él daré la tierra que pisó y a sus hijos; porque ha seguido fielmente a Jehová" (Deut. 1:36).

Se dice de Josué y de Caleb (Núm. 32:12) "que fueron perfectos en pos de mí". El mismo lenguaje se usa respecto de David (1 Reyes 11:6). Dios sentenció a los israelitas en el desierto diciendo: "No verán los varones que subieron de Egipto, de veinte años arriba, la tierra que prometí con juramento a Abraham, Isaac y Jacob, por cuanto no fueron perfectos en pos de mí" (Núm. 32:11). Salomón es sentenciado (1 Rey. 11:11) a perder su reino porque hizo lo malo y "no siguió cumplidamente a Jehová como David su padre", fracasando al no guardar el pacto del Señor.

La frase hebrea original en todos estos lugares es la misma, aunque se traduce un tanto diferente. Gesenius, a quien nadie sobrepasa en lexicografía hebrea, explica que la frase significa "**dar a Dios completa obediencia**". Leopoldo, en su Léxico la rinde así: "*integra obedientia a Jovam sequi*"; esto es, **seguir a Jehová con entera obediencia**. . . .

En el salmo 119:10, 58,145, el salmista profesa como sigue: "Con todo mi corazón te he buscado; No me dejes desviarme de tus mandamientos. . . tu presencia supliqué de todo corazón, Ten misericordia de mí según tu palabra. . . Clamé con todo mi corazón; respóndeme Jehová, y guardaré tus estatutos". Puede pensarse que al describir el carácter o la conducta de otros, los historiadores o poetas recurren al lenguaje de la hipérbole; pero ¿emplean los santos modestos y humildes expresiones hiperbólicas cuando describen su propia conducta y prácticas? ¿Magnifican ellos su propio fervor y fidelidad o usan ellos las palabras de simple verdad? Hacemos dos observaciones en cuanto a estos pasajes del salmista: (a) Que basa sobre su búsqueda de todo corazón y oraciones una demanda pactal que debía ser oída y llegar a ser hecho objeto de misericordia y de gracia. (b) Y que su fe en su propia dedicación de todo corazón no lo tornó en una persona auto-confiada ni presumida. "No me dejes desviarme de tus mandamientos" puede ser cualquier cosa menos el lenguaje de un espíritu auto-confiado.

Suplicamos a nuestros lectores que consideren atentamente los pasajes que declaran tales cosas como (a) que no podemos servir a Dios y a Mammon, (b) que debemos odiar a nuestros amigos más cercanos y abandonar todo lo que tenemos a fin de ser discípulos de Cristo, (c) que debemos vender cuanto tenemos para comprar el campo con el tesoro escondido, o para obtener la perla de gran precio, (d) que el violador de un mandamiento es culpable de todos, (e) que el cristiano aceptable está libre de pecado, muerto y sepultado al pecado y resucitado a la justicia, (f) y que, para el que está en Cristo Jesús, las cosas viejas pasaron y to-

das son hechas nuevas. Examínense estos pasajes en su contexto y podrá verse que armonizan enteramente con los numerosos textos citados desde el Antiguo Testamento.

El gran Jonatán Edwards no siempre es consistente consigo mismo ni tampoco lo son sus profesos discípulos, por cuanto todos insisten en que nadie puede ser un buen cristiano si no intenta o procura alcanzar la perfección impecable, o como está escrito en la Confesión de Westminster, "que no se proponga e intente caminar con Dios en todos los caminos de sus mandamientos". Sí, y luego, insisten a la misma vez que es un error peligroso, si no herejía, creer que cualquiera haya podido obedecer alguna vez a Dios realmente. Todos los cristianos tienen el querer pero nunca lo logran, dice Edwards.

Tal parecería que, de acuerdo con la perspectiva del apóstol [Pablo] debemos conformarnos a la ley a fin de agradar a Dios. Y ¿cómo será que el que es "muy limpio de ojos para ver el mal" y que no puede "ver el agravio" se complazca con menos que plena conformidad a ella? . . .

Todo el argumento de Pablo en el sexto, séptimo y octavo capítulos de Romanos procede sobre la proposición de que la total sumisión del pecado es indispensable para la justificación.

Estamos bien conscientes de la interpretación corriente hoy día entre los escritores calvinistas en Inglaterra y América de Romanos 7:7-25. Es una interpretación que, comenzando con Agustín, se regó extensamente en la iglesia mediante su gran influencia, y ganó más aceptación por haberla adoptado y sancionado los reformadores Calvino y Lutero. Pero hasta que Agustín la introdujo, según lo que sabemos por la información de los hombres, la iglesia no sabía nada de ella. El pasaje era tenido en toda la iglesia primitiva, tanto por los eruditos como por los no instruídos, como una referencia a la experiencia de un pecador bajo la ley. A pesar de la venerable autoridad de los reformadores, —y de la alta estima en la que son tenidos por evangélicos en todo el mundo— todo el cuerpo de piadosos comentaristas alemanes, varios de los más distinguidos en Escocia e Inglaterra y los profesores Stuart y Robinson de América se han visto compelidos por el argumento del apóstol, no considerando sus predisposiciones teológicas, a retornar a la interpretación antigua. . . .

La doctrina en que nos interesamos por lo presente no es la de la sencillez de las acciones morales, ni la de la constante impecabilidad de los que se han convertido, sino ésta: que sencillamente nada inferior a una entera conformidad presente con la ley divina es aceptada por Dios. Ahora, nosotros admitimos que si se pudiera hacer que la Escritura representase a los santos como pecaminosos continuamente, tal cosa probaría ser fatal para nuestra posición, aunque quedaríamos confusos

en lo que toca a la forma de interpretar los numerosos textos que hemos estado citando, y cómo hacer que estos armonicen con los textos que se aducen en contra nuestra.

ENTERA SANTIFICACION, por C. W. Ruth³

La santificación es una experiencia subsiguiente a la regeneración, condicionada a la entera consagración y fe, es privilegio de todo creyente, para ser experimentada y disfrutada en esta vida. Mediante el bautismo del Espíritu Santo se destruye el pecado innato y el corazón es perfeccionado en amor. La gente que sostiene esta teoría es sin duda la única gente que personalmente tiene un testimonio o experiencia que dar en favor de la santificación. Los tales creen que el pecado no ha ido tan adentro del alma; que la sangre de Cristo puede ir más allá. Que "donde abundó el pecado" "sobrepujó la gracia". Jesús creyó en la santificación como un acto divino porque oró al Padre para que santificara a los discípulos, Juan 17:17. De hecho, la Trinidad completa entra en nuestra santificación, Dios el Padre desea nuestra santificación, 1 Tes. 4:3. A fin de proveer nuestra santificación, Jesús sufrió fuera de la puerta, Heb. 13:12. Y el Espíritu Santo testifica de nuestra santificación, Heb. 10:14, 15. Se dice de los santos bíblicos, que fueron "santificados en Dios Padre" Judas 1:1; y también que Jesús santifica, Efe. 5:25-27. De la ofrenda de los gentiles se dice que fue "santificada por el Espíritu Santo", Rom. 15:16. En Hechos 26:18 encontramos que la santificación se obtiene por la fe. Viendo que es una obra que Dios debe hacer por nosotros, no necesitamos esperar por el crecimiento, la muerte o el purgatorio, sino que podemos entrar por la fe en esta bendita experiencia en el instante que la consagración sea entera y completa. A la vez que hay un acercamiento gradual a esta experiencia desde la posición humana, la obra divina es instantánea. ¡Aleluya!

³*Entire Sanctification* fue publicado por primera vez en 1937 por Beacon Hill Press, Kansas City, Mo. Las porciones aquí traducidas son de las páginas 14-99.

C. W. Ruth hace un enfoque diferente al de Juan Morgan. En tanto que Morgan asegura que el logro de cierta medida de santidad es una condición necesaria para obtener la justificación, Ruth toma una posición que es de mayor aceptación hoy día—aboga en favor de la consecución de cierto grado de santidad como condición necesaria para retener la justificación.

Distinciones entre la Justificación y la Santificación⁴

(Los términos justificación y santificación no son usados aquí en un sentido técnico o crítico, sino más bien en un sentido general como se aplican a la experiencia cristiana).

En la justificación hay vida.

En la santificación hay vida más abundante.

En la justificación hay amor.

En la santificación hay perfecto amor que echa fuera el temor.

En la justificación se reprime al "viejo hombre".

En la santificación se destruye al "viejo hombre".

En la justificación hay "paz para con Dios".

En la santificación se tiene "la paz de Dios".

La justificación destruye el "retoño" del pecado.

La santificación destruye la "raíz" del pecado.

La justificación nos da un derecho al cielo.

La santificación nos da la idoneidad para el cielo.

En la justificación vestimos "el nuevo hombre".

En la santificación nos despojamos "del viejo hombre con sus hechos".

En la justificación hay gozo—gozo intermitente.

En la santificación hay plenitud de gozo—gozo permanente.

La justificación incluye al perdón, que es un acto judicial.

La santificación incluye una limpieza, que es una función sacerdotal.

La justificación se obtiene mediante la sumisión, el arrepentimiento y la fe.

La santificación se obtiene mediante la obediencia, la consagración y la fe.

La justificación libera de la culpa y la condenación.

La santificación libera del mal genio y de los apetitos anormales.

En la justificación el Espíritu Santo está con el creyente.

En la santificación el Espíritu Santo está en el creyente (Juan 14:17).

La santificación es la "segunda bendición" exactamente en el mismo sentido que la justificación es la primera bendición. La justificación es la primera bendición que cambia nuestra condición moral y nuestra relación personal hacia Dios. En la justificación somos cambiados de la actitud y relación de enemigos de Dios y rebeldes a la de hijos obedientes.

⁴El lector podrá observar la subordinación definitiva de la justificación a la santificación en la ideología de este autor. Esta es la marca de distinción de toda doctrina del énfasis de "santidad". —Editor

Es de cierto una bendición—pero mayor aún, es una gracia que transforma a un estado permanente y a una experiencia. Hasta esta experiencia, toda otra bendición dejó al individuo en la misma condición moral en que lo había encontrado. Así que, después que la persona es totalmente justificada, puede recibir muchas bendiciones espirituales que grandemente le refrescarán, ayudarán y alentarán, sin embargo, no erradicarán el pecado innato ni le harán santo. Si tal persona fuera temerosa, impaciente, dada a la duda o a cualquier otra manifestación carnal, el mismo habito seguirá existiendo aún después de haber venido y pasado “cientos de bendiciones”.

Exactamente como la justificación es la primera bendición que efectúa un cambio interno permanente, la santificación es la “segunda bendición, tan propiamente así llamada”. **En tanto que la justificación incluye al perdón, la regeneración y la adopción, haciéndonos hijos de Dios, la santificación incluye la plena erradicación de la mente carnal—el pecado innato—y el bautismo y unción del Espíritu Santo, haciéndonos reyes y sacerdotes para Dios.** En tanto que la justificación nos libra de los pecados cometidos—del pecado como acto—la santificación nos libra de la naturaleza heredada de pecado—del pecado como principio. La justificación nos libra de la culpa y condenación mientras que la santificación nos libra del apetito no santificado. La primera nos da el nacimiento del Espíritu, y la segunda el bautismo del Espíritu: Tan ciertamente como la justificación marca una época diferente y una crisis en la vida de los que la reciben, es igualmente cierto que la santificación marca una segunda época, una segunda crisis, una segunda experiencia y por consiguiente, es una “segunda bendición, tan propiamente así llamada”.

El Pecado Original

Los hechos respecto al “pecado original” son admitidos por todas las denominaciones evangélicas. Escasamente hay una denominación que en su credo no haga alguna mención del tema del pecado original, en una u otra forma, distinguiendo así claramente entre éste—la naturaleza heredada del pecado—y el pecado como acto de comisión. Se reconoce, y se concede generalmente que todos los hombres nacen en este mundo con esta “mancha adánica”, con esta “infección de la naturaleza”, este “pecado innato”, o como se lo denomina en las Escrituras, con “la mente carnal”, “nuestro viejo hombre”, “el cuerpo del pecado”, “el pecado que mora en mí” o “el pecado que nos asedia”.

Tampoco hay controversia en lo que toca al hecho de que esta cosa—llamada “pecado original”—no pueda entrar en el cielo, y que por esto deba ser erradicada del alma antes que haya idoneidad perfecta para un cielo santo. Los puntos de controversia conciernen al tiempo y método usados para la realización de esta liberación. Las teorías calvinista, zin-

zendorfiana y de Keswick enseñan que esta liberación total no puede realizarse plenamente hasta la muerte; de aquí que la única esperanza para el cristiano en esta vida es la de obtener gracia para reprimir, someter, regular, controlar y vencer este mal interno hasta que la muerte lo libere. La teoría arminiana, wesleyana y del movimiento de santidad de la segunda bendición, es que subsiguientemente a la regeneración mediante la fe y consagración absolutas puede haber una limpieza y erradicación instantáneas de todo el pecado del creyente mediante el bautismo del Espíritu Santo y fuego.

Algunos han supuesto que este pecado innato queda eliminado en la regeneración, pero esto es contrario a la experiencia de todos los cristianos de todas las épocas y contrario a las enseñanzas de la Biblia. A la vez que el apóstol Pablo podía decir de los corintios "Gracias doy a mi Dios siempre por vosotros, por la gracia de Dios que os fue dada en Cristo Jesús" y los llamaba "niños en Cristo", también declaraba "aún sois carnales" (1 Cor. 1:3); lo que prueba en forma muy contundente que la mente carnal no había sido erradicada en el momento de su conversión.

Otros parecen pensar que mediante algún proceso misterioso de crecimiento, el alma puede avanzar hasta que, de alguna manera inexplicable, justamente cerca del tiempo cuando sobreviene la muerte, se desarrolla hasta llegar a un estado de perfecta santidad quedando en libertad del mal interno. Justamente cómo o por cuál ley remueve al crecimiento de un niño la suciedad, o destruye el vegetal por su crecimiento los yerbajos del jardín, no queda explicado. Sin embargo, en la presentación de esta doctrina existe el reconocimiento de que la naturaleza de pecado permanece en el corazón después de la regeneración. Aunque la liberación de la misma fuera sólo realizada y llevada a cabo totalmente en ocasión de la muerte, sin embargo sería una experiencia segunda o subsiguiente a la regeneración.

Pablo parece anticiparse a la teoría de la represión en Romanos 6:1, 2, cuando exclama: "¿Qué pues diremos? ¿Perseveraremos en el pecado para que la gracia abunde? En ninguna manera. Porque los que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos aún en él?" Luego prosigue declarando que el método divino para arreglar el asunto del pecado innato—nuestro "viejo hombre" o "el cuerpo del pecado"—es la crucifixión y la destrucción. ". . . sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruído". De cierto que "crucificado" y "destruído" no quiere decir reprimido.

No hay nada que pueda erradicar el pecado del corazón sino la sangre de Jesús. Si la sangre es eficaz para limpiar el pecado innato cuando la persona está muriendo, seguramente tiene la misma eficacia antes de la muerte. Gracias a Dios por la promesa: ". . . si andamos en luz, como él está en la luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado".

La Santificación y el Bautismo del Espíritu Santo

Quienquiera que esté santificado totalmente tiene el bautismo del Espíritu Santo; quienquiera que tenga el bautismo del Espíritu Santo está totalmente santificado. Es el bautismo del Espíritu Santo lo que santifica totalmente. Estos términos representan simplemente diferentes fases de la misma experiencia y son usados como sinónimos. Cuando la consagración del creyente es total y completa, el "viejo hombre" o pecado innato es crucificado y erradicado mediante el bautismo del Espíritu Santo. . . .

La experiencia común de los cristianos es que mientras la carnalidad existe en el corazón "el deseo de la carne es contra el Espíritu y el del Espíritu es contra la carne y estos se oponen entre sí para que no hagáis lo que quisiéreis". Debido a este conflicto y lucha interna sufren frecuentes derrotas y comprenden que hacen cosas que no querían hacer y dejan sin hacer las cosas que querían hacer. De esta forma llevan una vida de altos y bajos, de pecar y arrepentirse. El lado del lecho de multitudes se torna en banco de plañideras donde tales personas se ven obligadas a inclinarse todas las noches antes de retirarse, y llorar y arrepentirse de los fracasos del día. Bajo ciertas tentaciones y provocaciones, la carnalidad de sus corazones ganó la ascendencia y las traicionó llevándolas a desarrollar malos sentimientos y caracteres; de este modo fueron vencidas. Después de pasar algún tiempo en su "banco de plañideras" y de haber llorado y orado vuelven a sentir que la gracia perdonadora y la sonrisa de Dios todavía está en sus corazones y toman la resolución de hacerlo mejor el día próximo, sólo para encontrar que el mismo destructor de la paz y fuente de toda angustia estaba aún en sus corazones. Pero después de ser santificados por completo y de ser destruída y erradicada de sus corazones la naturaleza carnal, cesaron de hacer las cosas que no debían hacer y encontraron que tenían en sus corazones la gracia y el poder para llevar a cabo toda la voluntad de Dios, que les hacía "más que vencedores" y ponía el verdadero ritmo de la victoria en sus almas. Desde entonces, en vez de ir al "banco de plañideras" antes de retirarse a la cama, sencillamente subieron a la tarima del coro y sacaron su bocina, flauta, tamboril, arpa, salterio, zampoña y todo instrumento de música y cantaron y gritaron sus alegres doxologías de alabanza a Dios por su "poder preservador" y las gloriosas victorias de otro día. Así como es cierto que el fundamento preserva al edificio, es cierto que el edificio preserva al fundamento e igualmente seguro que la experiencia de la santificación preserva o capacita a uno para mantener la experiencia de la justificación. ¡Bendito sea Dios!

La Carne y el Espíritu



Martín Lutero

“Porque el deseo de la carne es contra el Espíritu, y el del Espíritu es contra la carne: y estos se oponen entre sí para que no hagáis lo que quisiereis”. [Gál. 5:17]

Estos dos capitanes o líderes (dice él), la carne y el espíritu, están el uno contra el otro en tu cuerpo, para que no hagas lo que quieres. Y este texto testimonia claramente que Pablo escribe tales cosas a los santos, esto es, a la iglesia que cree en Cristo, bautizada, justificada, renovada y teniendo el pleno perdón de los pecados. Mas, a pesar de esto, dice que ella tiene a la carne rebelándose en contra del espíritu. De la misma forma habla de sí mismo en el séptimo de Romanos: “Mas yo (dice él) soy carnal vendido al pecado”, y de nuevo: “veo otra ley en mis miembros que se rebela contra la ley de mi mente”, además: “ ¡Miserable de mí! ”, etc.

Aquí no sólo los escolásticos sino algunos de los antiguos padres también quedaron muy perturbados buscando la manera de excusar a Pablo. Porque les parece absurdo e indecoroso

Nota Editorial: A fin de que el lector pueda captar el contraste marcado que existe entre el mensaje que dió nacimiento a la Reforma Protestante y el que dió nacimiento a la doctrina de santidad (véase el artículo que precede), reproducimos aquí algunos de los comentarios de Lutero sobre Gálatas 5 (citado de Martín Lutero, *A Commentary on St. Paul's Epistle to the Galatians*, London: James Clarke & Co. Ltd.; págs. 457-508). No se imagine nadie que este mensaje representa meramente otra forma de expresar el Evangelio. Es una doctrina completamente diferente. La teología de Lutero no sólo tiene un fundamento diferente para recibir y para retener la justificación, sino que toda su filosofía de la vida cristiana es tan diferente de la que presenta el concepto de “santidad” como lo es el día de la noche.

decir que ese vaso elegido de Cristo tuviera pecado. Pero nosotros creemos las propias palabras de Pablo, en las que él mismo confiesa estar vendido al pecado; que es llevado cautivo al pecado; que tiene una ley en sus miembros que se rebela en su contra y que en la carne sirve a la ley del pecado. Aquí ellos arguyen que el apóstol habla en términos de la persona impía. Pero los impíos no se quejan de la rebelión de su carne, ni de ninguna batalla o conflicto, ni de la cautividad y esclavitud del pecado; porque el pecado reina en ellos poderosamente. Por lo tanto, ésta es la queja de Pablo y de todos los santos. De modo que los que han excusado a Pablo y a otros santos eximiéndoles del pecado han hecho una cosa muy perversa. Porque por esta creencia (la cual procede de la ignorancia de la doctrina de la fe) han robado un consuelo muy peculiar a la iglesia, han abolido el perdón de los pecados y hecho vana la cruz de Cristo.

Pero nuestro único fundamento y ancla debe ser esto: que Cristo es nuestra única justicia perfecta. Si no tenemos nada en qué confiar, todavía permanecen estas tres (como Pablo dice): la fe, la esperanza y el amor. Entonces siempre tenemos que echar mano de Cristo como Cabeza y Fuente de nuestra justicia. Por otra parte, debemos esforzarnos por ser rectos exteriormente; es decir, no consentir a la carne que siempre nos tienta hacia algún mal; sino resistirla por el espíritu. No debemos ser vencidos por la impaciencia debido a la ingratitude y menosprecio de la gente que abusa de la libertad cristiana, más bien debemos sobreponernos a esto y a todas las demás tentaciones mediante el Espíritu. Por lo tanto, ved que en la medida en que luchamos contra la carne, en esa medida somos justos exteriormente; a pesar de que tal justicia no nos recomienda delante de Dios.

Decimos entonces que no desespere ningún hombre si siente a menudo que la carne levanta nuevas contiendas en contra del espíritu, ni tampoco si no puede someter continuamente a la carne y hacerla obediente al espíritu. Yo también quisiera tener un corazón más valiente y constante, que sea capaz no sólo de enfrentar confiadamente las amenazas de los tiranos, o las herejías, o las ofensas y tumultos que los espíritus fantásticos animan; sino para ser capaz de sacudirme de las incomodidades y angustias del espíritu y, en pocas palabras, no temer la agudeza de la muerte sino poder recibirla como al más amigable huésped. Pero hallo otra ley en mis miembros

que se rebela en contra de la ley de mi mente, etc. Otros luchan con tentaciones inferiores como lo son la pobreza, la censura, la impaciencia y otras semejantes.

Nuevamente, no se maraville ni desmaye hombre alguno cuando sienta en su cuerpo esta batalla de la carne contra el espíritu, sino levante su corazón y consuélase a sí mismo con estas palabras de Pablo: "El deseo de la carne es contra el espíritu", etc., y: "estos se oponen entre sí para que no hagáis lo que quisiereis". Porque mediante estas declaraciones él consuela a los que son tentados. Es como si dijera: Es imposible que sigais la dirección del Espíritu en todas las cosas sin tener algún sentimiento o impedimento de la carne; no, la carne se resistirá. Resistirá y estorbará para que no hagáis las cosas que alegremente queréis hacer. Aquí bastará con que resistais a la carne y no cumplais con su deseo; es decir, si seguís al espíritu y no a la carne que fácilmente queda vencida por la impaciencia, que codicia la venganza, que es iracunda, se resiente, odia a Dios, se disgusta con él y se desalienta, etc. Por esto, cuando un hombre sienta esta batalla en la carne, no se desaliente, sino resista en el Espíritu y diga: "Soy un pecador, y siento en mi el pecado, porque aún llevo conmigo la carne en la que mora el pecado mientras vive. Mas por la fe y la esperanza echaré mano de Cristo, y por su Palabra me levantaré y estando en pie no cumpliré el deseo de la carne".

Es muy ventajoso para el piadoso conocer esto y llevarlo muy en mente, porque tal pensamiento lo consuela maravillosamente cuando es tentado. Cuando yo era monje, pensaba una y otra vez que había sido desechado si sentía en cualquier momento la concupiscencia de la carne; es decir, si sentía cualquier tendencia maligna, deseo carnal, ira, odio o envidia contra algún hermano. Intenté muchos métodos para librarme de esto. Confesaba diariamente, etc. Pero de nada me valía, porque la concupiscencia de mi carne siempre volvía. De modo que no hallaba descanso, sino que continuamente me asediaban estos pensamientos: "Este o aquél pecado has cometido; estás infectado de envidia, de impaciencia y otros pecados semejantes; por eso has entrado en vano en esta santa orden y todas tus buenas obras son inútiles". Si en aquel entonces hubiera entendido correctamente estas declaraciones de Pablo: "El deseo de la carne es contra el espíritu y el del espíritu contra la carne", etc., y "estos se oponen entre sí para que no hagáis lo que quisiereis", no me hubiera atormentado.

tado tan miserablemente, sino que habría pensado y me hubiera dicho a mí mismo como comunmente me digo ahora: "Martín, no vas a estar completamente libre de pecado, porque todavía tienes carne. Por esto sentirás en ti la batalla, así como lo dice Pablo, 'la carne se opone al espíritu'. Por esto no desalientes, sino resístela fuertemente y no cumplas el deseo de ella. Haciendo esto no estarás bajo la ley."

Recuerdo que Staupitius acostumbraba decir: "He prometido a Dios más de mil veces que me haría un mejor hombre, pero nunca he hecho lo que prometí. De aquí en adelante no haré tal voto, porque he aprendido por experiencia que no soy capaz de llevarlo a cabo. Por tanto, a menos que Dios sea propicio y misericordioso conmigo por causa de Cristo y me conceda una santa y bendita hora en el momento de mi partida de esta vida miserable, no seré capaz con todos mis votos y todas mis buenas obras de pararme delante de él". Esta no sólo es una desesperación verdadera, sino también santa y piadosa. Y esto es lo que todos los que han de ser salvos deben confesar con sus bocas y su corazón. Porque los piadosos no confían en su justicia propia, sino que dicen con David: "No entres en juicio con tu siervo; porque no se justificará delante de ti ningún ser humano" (Sal. 143:2), y: "Jah, si mirares a los pecados, ¿quién, oh Señor, podrá mantenerse?" (Sal. 130:3). Los tales miran a Cristo, su Reconciliador, quien dió su vida por sus pecados. Más aún, saben que el remanente de pecado que está en su carne no es puesto a su cuenta, sino perdonado gratuitamente. No obstante, mientras tanto, luchan en el Espíritu contra la carne para no cumplir sus deseos. Y aunque sienten que la carne se enfurece y rebela contra el espíritu y que por sus debilidades ellos mismos caen en pecado algunas veces, no se desalientan ni piensan por esto que su estado, forma de vida y obras que hacen de acuerdo a su llamado desagravan a Dios, sino más bien se levantan a sí mismos en fe.

Así es como los justos reciben grande consolación por esta doctrina de Pablo: sabiendo que ellos mismos tienen en parte la carne y en parte el espíritu, pero de tal manera que el espíritu reina y la carne queda sometida, para que reine la justicia y sirva el pecado. El que no conoce esta doctrina y piensa que los fieles deberían estar libres de faltas, y a la vez nota lo contrario en sí mismo, necesariamente debe quedar ahogado por el espíritu de tristeza y cae, a la larga, en la desesperación. Pero para cualquiera que conoce bien esta doctrina y la usa

correctamente, las cosas que son malas se tornan en bien. Porque cuando la carne lo provoca a pecar, se agita y se ve forzado a buscar el perdón de los pecados en Cristo y abrazar la justicia de la fe, que de otra forma no sería de tan grande estima para él ni la buscaría con tan grande deseo. Así que nos aprovecha mucho sentir algunas veces la perversidad de nuestra naturaleza y la corrupción de nuestra carne; para que aún por este medio podamos ser despertados y motivados a la fe y a invocar a Cristo. Por esta situación el cristiano se convierte en un poderoso artesano y maravilloso creador; que de la tristeza puede sacar gozo; del terror, consuelo; del pecado, justicia; y de la muerte, vida; cuando por este medio, reprimiendo y refrenando a la carne, la sujeta al Espíritu. . . .

Sí, mientras más piadoso sea el hombre, más sentirá esa batalla. Y de aquí provienen esas lamentables quejas de los santos en los Salmos y en todas las Sagradas Escrituras. De esta batalla nada saben los heremitas, los monjes, los escolásticos, y todos los que buscan justicia y salvación mediante las obras.

Esto digo, para consuelo de los piadosos. Porque sólo ellos sienten que tienen y que cometen pecados; es decir, sienten que no aman a Dios tan fervientemente como debieran; que no confían en él con todo su corazón como debieran, sino que dudan frecuentemente si Dios se preocupa o no por ellos; son impacientes, y se enojan con Dios en la adversidad. De aquí (como ya dije) proceden las tristes quejas de los santos en las Escrituras, y especialmente en los Salmos. Y el mismo Pablo se queja de estar "vendido al pecado" (Rom. 7:14) y dice que la carne se resiste y rebela en contra del espíritu. Pero porque mortifican las obras de la carne por el espíritu, estos pecados no los dañan ni los condenan. Pero si obedecen a la carne cumpliendo con sus deseos, entonces pierden la fe y el Espíritu Santo. Y si no aborrecen su pecado y vuelven a Cristo mueren en sus pecados. De modo que no hablamos de los que sueñan que tienen fe y continúan en sus pecados. Estos ya tienen su juicio listo: Los que viven conforme a los deseos de la carne morirán (Rom. 8:13). También "manifiestas son las obras de la carne, que son adulterio, fornicación, etc. . . . acerca de las cuales os amonesto, como ya os he dicho antes que los que practican tales cosas no heredarán el reino de Dios" (Gál. 5:19, 21).

Santidad— la Falsa y la Verdadera

Testimonio de H. A. Ironside

Nota Editorial: El libro de H. A. Ironside, *Holiness: The False and the True*, fue publicado por vez primera en 1912. Reproducimos aquí las porciones principales de la sección autobiográfica (págs. 7-40). El libro de 142 páginas puede obtenerse de Loiseaux Brothers, Neptune, New Jersey. Puede ser que no estamos de acuerdo con todo lo que el Dr. Ironside ha escrito, pero podemos apreciar su acometida objetiva a la santidad y aprender de su percepción el peligro del experiencialismo introspectivo.

Mi Conversión a Dios

Es mi deseo, dependiendo del Señor, escribir un fiel recuento, hasta donde me alcance la memoria, de algunas de las formas como Dios trató durante los primeros seis años de mi vida cristiana con mi alma y mi búsqueda de una experiencia de santidad antes de conocer la bienaventuranza de hallarlo todo en Cristo. Esto requerirá—no lo dudo—que en ciertas ocasiones “hable como si estuviera loco”, tal como lo hizo el apóstol Pablo; sin embargo, a medida que reflexiono en tal historia pienso que puedo decir con él “vosotros me obligasteis”.

Si fuera privilegiado con salvar a otros de las infelices experiencias por las cuales pasé en esos primeros años, me sentiría abundantemente recompensado por el esfuerzo que tomaría poner estas experiencias de corazón ante mi lectores. . . .

Cuando me llegó el conocimiento de la salvación fui en la primera oportunidad que tuve a una reunión en la calle auspiciada por el “Ejército”,¹ y allí, por vez primera, hablé al aire libre de la gracia de Dios tan recientemente revelada a mi alma. . . .

¹ Ejército de Salvación—denominación perteneciente al movimiento de santidad.

En mi recién hallado gozo, no tenía idea de que aún portaba conmigo una naturaleza tan pecaminosa y vil como la que había en el seno del mayor malhechor del mundo. Sabía algo de Cristo y de su amor; muy poco, o nada, sabía de mí mismo y de lo engañoso de mi propio corazón.

En lo que ahora puedo recordar, había durado en el gozo del conocimiento de la salvación de Dios más o menos un mes cuando en una discordia con mi hermano más joven que yo, perdí de momento el control de mi mal genio y en una pasión de ira le pegué tirándolo al suelo. Mi alma se llenó inmediatamente de horror. No necesitaba su sarcástico reproche: "¡Bueno, tú sí que eres un buen cristiano! ¡Sería bueno que fueras al Ejército y le dijeras en qué clase de santo te has convertido!" Tal sarcasmo me envió en angustia de corazón a mi recámara a confesar mi pecado a Dios con vergüenza y amargo pesar; así como a pedirle franco perdón a mi hermano, el cual generosamente me perdonó.

El Gran Anhelado: Santidad

Desde este tiempo en adelante, mi experiencia fue, para usar el término que se escucha frecuentemente en los "servicios de testimonio", una "experiencia de altos y bajos". Anhelaba la perfecta victoria sobre la concupiscencia y deseos de la carne. Sin embargo, me parecía que tenía entonces más problemas con los malos pensamientos y propensiones profanas que lo que jamás antes hubiera sabido. Durante largo tiempo mantuve escondidos estos conflictos, y se los confiaba sólo a Dios y a mí mismo. Pero después de unos ocho o diez meses, me interesé en lo que se conocía como "reuniones de santidad" llevadas a cabo semanalmente en el salón del "Ejército" y también en una misión que visitaba a veces. En estas reuniones se hablaba de una experiencia que yo sentía ser lo que necesitaba. Se la conocía por varios nombres: "La segunda bendición", "la santificación", "el perfecto amor", "la vida más elevada", "la limpieza del pecado innato" y otras expresiones más.

Sustancialmente, la enseñanza era esta: En la conversión Dios perdona gratuitamente todos los pecados cometidos hasta el momento que uno se arrepiente. Pero luego se pone al creyente en un tiempo de prueba por toda la vida, en el que puede en cualquier momento perder su justificación y paz

con Dios si cae en un pecado del que no se arrepienta inmediatamente. Por lo tanto, a fin de mantenerse a sí mismo en una condición de salvación, necesita una obra adicional de gracia, llamada santificación. Esta obra tiene que ver con el pecado como raíz; así como la justificación tenía que ver con los pecados como fruto.

Los pasos que conducen a esta segunda bendición son: primero, la convicción de la necesidad de santidad (de la misma forma como hubo al principio una convicción de la necesidad de salvación); segundo, una entrega completa a Dios, o poner sobre el altar de la consagración toda esperanza, perspectiva y posesión; tercero, reclamar por fe la venida del Espíritu Santo al corazón como fuego purificador para quemar todo pecado innato, destruyendo así *in toto* toda concupiscencia y pasión, dejando al alma perfecta en amor y tan pura como el Adán no caído. Una vez recibida esta maravillosa bendición, se requiere gran vigilancia no sea que así como la serpiente engañó a Eva, engañe al alma santificada e introduzca otra vez la misma clase de principio maligno que requirió anteriormente una acción tan drástica como esta.

Tal era la enseñanza; y ligada con ella surgían los testimonios conmovedores acerca de experiencias tan sorprendentes que yo no podía dudar de su genuinidad, ni que lo que otros parecían disfrutar no fuera también para mí si cumplía yo con las condiciones.

Una señora de edad relató cómo durante cuarenta años había sido preservada de pecar en pensamiento, palabra y obra. Su corazón, decía ella, no era ya más "engañoso y perverso más que todas las cosas", sino tan santo como las cortes celestiales, porque la sangre de Cristo había limpiado los últimos vestigios de pecado innato. Otros hablaban en forma semejante, aunque sus experiencias eran mucho más breves. Los malos temperamentos habían sido erradicados en ocasión de la entrega total. Las malas propensiones y los apetitos profanos quedaban destruídos instantáneamente al reclamar por la fe la santidad. Comencé a buscar ávidamente esta preciosa dádiva de santidad en la carne. Oré fervientemente por esta impecabilidad adánica. Y le pedí a Dios que me revelara toda cosa perversa, para que verdaderamente lo rindiera todo a él. Dejé amigos, ocupaciones, placeres—todo cuanto pensé podría ser obstáculo para que el Espíritu Santo me llenara y me concediera la bendición consecuente. Yo era un "gusano de biblio-

teca"; desde la niñez me poseía un intenso amor por la literatura, pero en mi deseo ignorante puse a un lado libros de carácter agradable o instructivos, y prometí a Dios leer sólo la Biblia y los escritos de santidad—si tan sólo me concediese la "bendición". Sin embargo, no obtuve lo que buscaba, aunque oré celosamente durante semanas.

Al fin, la noche de un sábado (ya vivía lejos de mi casa con un amigo y miembro del "Ejército") me determiné a salir al campo y esperar en Dios, sin regresar hasta recibir la bendición del perfecto amor. Tomé un tren a las once de la noche y salí hasta una estación solitaria a doce millas de Los Angeles. Allí me bajé, y alejándome de la carretera descendí a un arroyo vacío. Cayendo sobre mis rodillas tras un sicómoro, oré en agonía durante horas, invocando a Dios para que me mostrara cualquier cosa que impedía que recibiera la bendición. A mi mente vinieron varios asuntos de naturaleza demasiado privada y sagrada como para relatarlos aquí. Luché contra la convicción, pero finalmente terminé clamando: "Señor, lo dejaré todo—toda cosa, toda persona, todo gozo que impida que viva sólo para tí. ¡Ahora, te ruego, dame la bendición! "

Cuando miro hacia atrás, creo que me había entregado totalmente a la voluntad de Dios en aquel momento, hasta donde yo la entendía. Pero mis nervios y cerebro estaban tan aturridos por la larga noche de vigilia y la ansiedad intensa de los meses anteriores, que caí a la tierra casi desmayado. Entonces me pareció que un santo éxtasis estremecía todo mi ser. Esto, pensaba yo, era la venida del Consolador a mi corazón. Confiadamente clamé: "Señor, creo que tú has entrado en mí. Tu me limpias y purificas de todo pecado. Lo reclamo ahora. La obra está hecha. Estoy santificado por tu sangre. Tu me has hecho santo. ¡Lo creo. Lo creo! " Estaba indeciblemente feliz. Sentía que todas mis luchas habían terminado.

Con un corazón lleno de alabanzas, me levanté de la tierra y comencé a cantar en voz alta. Consultando mi reloj ví que eran más de las tres y media de la mañana. Sentí que debía apresurarme al pueblo para estar a tiempo en la reunión de oración de las siete, y testificar allí de mi experiencia. Estaba muy fatigado debido a mi largo desvelo pero con un corazón tan liviano que casi no me di cuenta del largo camino de vuelta, sino que me apresuré hacia la ciudad, llegando justamente al comienzo de la reunión, flotando, sostenido por mi recién hallada experiencia. Todos se regocijaron mientras con-

taba las grandes cosas que creía el Señor había hecho por mí. Toda reunión ese día sumaba a mi alegría. Estaba literalmente intoxicado con emociones de gozo.

Todos mis problemas habían terminado. Había pasado el desierto y me hallaba ahora en Canaán, alimentándome del antiguo cereal de la tierra. Ya no más sería atormentado por las inclinaciones internas al pecado. Mi corazón era puro. Había alcanzado el estado deseable de la completa santificación. Con ningún enemigo adentro, podía dirigir mis energías a vencer los enemigos de afuera.

Esto era lo que yo pensaba. ¡Qué lástima que me conocía tan poco; y mucho menos la mente de Dios!

Sol y Nubes

Durante algunas semanas después de la mencionada experiencia memorable viví en estado de felicidad como de sueños, regocijándome en mi impecabilidad imaginada. Sólo una gran idea tomaba posesión de mi mente; y ya fuera que me hallara trabajando o en mis horas de ocio, casi no pensaba en otra cosa sino en el maravilloso evento que había acontecido. Pero gradualmente comencé, como se dice, a "regresar a la tierra". Era entonces empleado de un salón fotográfico, donde me asociaba con gente de variados gustos y hábitos, algunos de los cuales ridiculizaban, otros toleraban, y aún otros simpatizaban con mis ideas radicales en cuanto a las cosas religiosas. Noche tras noche asistía a las reuniones, testificando en la calle y dentro del templo. Y, pronto noté (sin duda otros también) que un cambio se apoderó de mis "testimonios". Antes siempre había levantado a Cristo y dirigido el perdido hacia él. Ahora, casi imperceptiblemente, mi propia experiencia vino a ser mi tema, y me levantaba a mí mismo como un distinguido ejemplo de consagración y santidad! Este era el carácter prevaesciente de los breves discursos dados por la mayoría de los cristianos "avanzados" en nuestra compañía. Los más jóvenes en la gracia magnificaban a Cristo. Los "santificados" se magnificaban a sí mismos. Una canción favorita dejará esto más manifiesto que cualquiera de mis palabras. Todavía este himno se usa regularmente en las reuniones del "Ejército" y ocupa un lugar en su himnario. Daré sólo un verso como ejemplo:

“Algunos que conozco no viven santamente.

Luchan con el pecado no vencido,
no atreviéndose a consagrarse enteramente;
para así ganar la completa salvación.

Con la malicia tienen un problema constante;
de la duda ansían la liberación.

Se quejan de la mayoría de las cosas de su ambiente.
¡Alabado sea Dios, pues no es así mi condición! ”

¿Podría creerme el lector cuando digo que yo cantaba esta miserable copla de ciegos sin pensar en el orgullo pecaminoso que estaba expresando con ella? Yo consideraba mi deber dirigir continuamente la atención hacia “mi experiencia de salvación completa”. Refrán aceptado entre nosotros era: “si no testificas de ella, perderás la bendición”.

A medida que el tiempo pasaba, empecé a tornarme consciente de deseos internos hacia el mal—de pensamientos profanos. Quedé atontado. Recurriendo a un maestro y líder en busca de ayuda, me dijo: “Estas no son mas que tentaciones. La tentación no es pecado. Pecas solamente si te entregas a la mala insinuación”. Esto me dió paz por un tiempo. Hallé que era el modo general de excusar conmociones tan evidentes de una naturaleza caída—naturaleza que supuestamente había sido eliminada. Pero me hundía gradualmente en un plano cada vez más bajo, permitiendo las cosas que una vez había rehuído, y hasta observé que todos los que me rodeaban hacían lo mismo. Las primeras experiencias extáticas rara vez duraban mucho. Acabado el éxtasis los “santificados” se diferenciaban muy poco de sus hermanos que supuestamente habían sido “sólo justificados”

[Debido a un bajón espiritual] fui atormentado por la idea de que había apostatado y que me podía haber perdido eternamente. Rogué a Dios que no quitara de mi su Espíritu Santo; empero que me purificara de todo pecado innato. Al “reclamarlo por la fe” me sentí más feliz por varias semanas. Sin embargo, inevitablemente volví a entristecerme y me percaté de que pecaba en pensamientos y palabras, y a veces en acciones profanas. . . .

Nuevamente pasé toda la noche en oración. . . [y creí] que lo obra de completa limpieza había sido consumada, y que ahora, si no anteriormente, estaba libre de toda carnalidad. . . .

[Una experiencia posterior] me mostró. . . que la mente carnal todavía era parte de mi ser.

En vano busqué en mi corazón para ver si había hecho una

entrega total, y traté de dejar toda cosa conocida que pareciera, de una o de otra forma, mala o dudosa. Algunas veces me podía persuadir por un mes o más tiempo, que al fin había recibido verdaderamente la bendición. Pero invariablemente el transcurso de unas pocas semanas traían otra vez ante mi aquello que probaba que en mi caso particular todo era un engaño. . . .

Lo que hacía más aguda mi angustia, era el conocimiento de que yo no era el único que sufría. Otro, un amigo muy querido, compartía mis dudas y ansiedades por la misma causa. Para este otro, eventualmente la cosa se tornó en un naufragio de la fe. Así una de las más hermosas almas que jamás haya conocido se perdió en las redes del espiritismo. ¡Quiera Dios que no sea para siempre, sino que halle misericordia del Señor en aquel día!



Ya comenzaba a ver la sarta de derelictos que dejaba en su estela esta enseñanza de santidad. Podría contar los casos de veintenas de personas que se han dado a la completa infidelidad por su causa. Siempre dan la misma razón: "Intenté todo. Encontré que era un fracaso. Así que concluí que la enseñanza de la Biblia era toda un engaño, y que la religión era meramente un asunto emocional". Muchos más (y yo conocía intimamente a varios de los tales) cayeron en la demencia después de forcejear para salirse del atolladero de esta religión emocional—y la gente comentaba que se habían vuelto locos por estudiar la Biblia. ¡Cuán poco sabían que era la falta de conocimiento bíblico la causa de su miserable estado mental —el uso absolutamente no escritural de pasajes aislados de las Escrituras!

Después de todos estos años de haber predicado a otros, el lenguaje de mi alma atribulada era: "Oh, si supiera donde hallarle". No hallándole, veía delante de mí sólo la oscuridad de la desesperación; pero aún conocía demasiado bien su amor y cuidado como para pensar que me había desechado por completo.

Termina la Batalla

Pero al fin comenzó a aclarárseme que la doctrina de la santidad tenía una influencia letal sobre el movimiento. La gente que profesaba la conversión (que fuera o no real, aquel día lo declarará) luchaba por meses, aún por años, para alcanzar un estado de impecabilidad que nunca se alcanzaba, dándose al fin por vencidos, y en muchas ocasiones hundíanse otra vez hasta el nivel muerto del mundo que los rodeaba.

Vi que sucedía igual con todas las denominaciones de santidad, y con las varias "bandas", "misiones" y otros movimientos que continuamente se separaban de ellas. La norma fijada era lo inalcanzable. El resultado era, tarde o temprano, el desaliento total, la hipocresía disimulada, o el rebajamiento inconsciente de la norma para ajustarla a la experiencia alcanzada. Yo me había engañado por mucho tiempo con el último expediente. Cuánto del segundo había, no me atrevo a decirlo. Pero eventualmente caí como víctima del primero. Y ahora puedo ver que fue una merced que así me sucediera.

Al fin me encontré tornándome frío y cínico. Me asaltaron dudas en todo como legión de demonios, y casi me volví temeroso de permitir que mi mente se espaciara en estas cosas. . . . Este era el resultado legítimo de la enseñanza bajo la cual había estado. Yo razonaba que la Biblia prometía total alivio del pecado inmanente a todos los que se entregaban completamente. Entonces, ¿por qué no se me había librado totalmente de la mente carnal? Me parecía que había cumplido con toda condición, y que Dios, por su parte, había fallado no cumpliendo lo que había prometido. Sí que es miserable escribir todo esto; pero no veo otra forma de ayudar a otros que se encuentran en el mismo estado en que estuve.

Al fin vino la liberación. . . . Poquito a poco la luz comenzó a alumbrar. Vimos [el autor y un conocido] que habíamos estado buscando santidad en nuestro interior en lugar de afuera. Comprendimos que únicamente la misma gracia que nos había salvado al principio nos podía llevar adelante. Vagamente percibimos que todo para nosotros debía estar en Cristo, de no ser así estábamos sin un rayo de esperanza. . . .

La gran verdad de que la santidad, el perfecto amor, la santificación y toda otra bendición eran más en Cristo desde el momento que había creído, y más para siempre sólo de pura gracia, ganaba afianzamiento en mí. Había estado miran-

do al hombre equivocado—todo se hallaba en otro Hombre, y en aquel Hombre para mi. Pero tomó semanas ver esto.

Y a todo lo largo de mi peregrinaje he estado aprendiendo que, mientras más mi corazón se espacia en Cristo, más disfruta de la liberación práctica del poder del pecado, y más comprendo qué significa tener el amor de Dios derramado en el corazón por el Espíritu Santo que me es dado como primicia de la gloria venidera. Encontré libertad y gozo desde que así fuí librado de una esclavitud que no creí posible que otro ser humano en la tierra conociera. Además hallé, en contraste con la incertidumbre del pasado, confianza en la presentación de esta preciosa verdad para que otros la acepten. . . .

Deseo resumir mis impresiones del movimiento de santidad.

Observaciones sobre el Movimiento de Santidad

Desde que me aparté de las sociedades perfeccionistas, se me ha preguntado con frecuencia si hallo generalmente entre los cristianos que no profesan tener la “segunda bendición” una norma tan elevada como la que sostienen los que sí profesan haberla logrado. Mi respuesta es que, después de haber considerado ambas posiciones con cuidado—y confío que libre de prejuicios—encuentro que los creyentes que rechazan inteligentemente la teoría de la erradicación, mantienen una norma mucho más elevada que aquellos que la sostienen. . . .

Por otro lado, concedo alegremente que tanto en las filas de la sociedad militar-religiosa de la cual una vez fuí miembro, así como en otras organizaciones de santidad, hay muchos, muchos hombres y mujeres de piedad y devoción, cuyo celo por Dios y auto-abnegación son cosas preciosas de ver, y seguramente serán recompensadas en “aquel día”. Pero nadie se ciega por esto suponiendo que es la doctrina de la santidad lo que produce tal cosa. La refutación de tal idea es el hecho sencillo de que la gran mayoría de los mártires, misioneros y siervos de Cristo, que en todas las edades cristianas “no amaron sus vidas hasta la muerte”, jamás soñaron con hacer tal afirmación de sí mismos, sino que diariamente confesaron su pecaminosidad por naturaleza y su necesidad de la continua intercesión de Cristo. . . .

La superstición y el fanatismo del carácter más grosero encuentran su nido entre los defensores de la “santidad”. Mírese el repugnante “movimiento de lenguas” actual, con todos sus engaños y demencias acompañantes. De esto son respon-

sables un malsano deseo de nuevas y más estremecedoras sensaciones y reuniones emocionales del carácter más excitante. Debido a que se desconoce una paz estable, y que se supone que la salvación final depende de un progreso en el alma, la gente llega a depender tanto de las "bendiciones" y de los "nuevos bautismos del Espíritu"—como llaman a estas experiencias—que caen fácilmente presa de los más absurdos engaños. En los últimos años cientos de reuniones de santidad alrededor de todo el mundo se han convertido literalmente en pandemoniums, donde se sostienen noche tras noche exhibiciones dignas de un manicomio o de una colección de musulmanes aullantes. No de balde el resultado es una elevada incidencia de locura e infidelidad.

Ahora, yo estoy muy consciente de que muchos maestros de santidad repudian toda conexión con estos fanáticos; pero parece que no ven que son sus doctrinas las que causan directamente los repugnantes frutos que he enumerado. Predíquese un Cristo completo, proclámese una obra terminada, enséñese escrituralmente la verdad del Espíritu Santo en el corazón y desaparecerán todos estos excesos.

Quizá la cosa más triste del movimiento al cual me refiero es la larga lista de naufragios en la fe que se atribuyen a su perniciosa enseñanza. Grandes números de personas buscan la "santidad" durante años para encontrar sólo que tienen ante sí lo inalcanzable. Otros profesan haberla recibido, pero al fin se ven forzados a confesar que todo era un error. Algunas veces el resultado es el colapso mental bajo la tensión; pero es más frecuente como resultado la incredulidad en las Escrituras. Es para las personas que se encuentran peligrosamente cerca de estos bajíos de infidelidad y tinieblas, que escribo estas páginas. La Palabra de Dios permanece verdadera. El no ha prometido lo que no cumplirá. Eres tú, mi querido acongojado, el que has sido descarriado por una falsa enseñanza en lo que toca a la verdadera naturaleza de la santificación y a los efectos propios de la habitación del Espíritu de Dios en el corazón. No permitas que ni la nebulosa incredulidad, ni el melancólico desengaño te estorben. . . escudriñando diariamente las Escrituras a ver si estas cosas son así. Y quiera Dios, en su rica gracia y misericordia, concederle a todo lector auto-consciente mirar aparte de sí mismo, a Cristo únicamente "el cual nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación, santificación y redención".

La Esperanza del Creyente Cristiano



Menno Simons

Nota Editorial: Menno Simons fue un contemporáneo de los reformadores, aunque no formó parte de la línea principal de la Reforma. Sin embargo, los mejores historiadores protestantes admiten que Simons se mantuvo cercano a Lutero en su concepto de la justificación por la fe.

En estas páginas reproducimos para ustedes la inspiradora "Carta de Consolación a una Santa Enferma".¹ Su tono armoniza con absoluta fidelidad con el Evangelio, por el hecho de que coloca la esperanza y seguridad del creyente afuera de su experiencia personal.

Carta de Consolación²

A mi elegida y amada hermana en Cristo Jesús; sean para ti mucha misericordia, gracia y paz, muy amada hermana a quien siempre he amado sinceramente en Cristo.

Entiendo, de la carta de tu querido esposo, que durante todo el invierno fuiste una niña afligida y enferma; lo que

¹Verduin, Leonardo y Juan Christian Wenger, *The Complete Writings of Menno Simons, c. 1496-1561* (Scottsdale, Penn.: Herald Press, 1956, págs. 1052-1054).

²Una de las cartas más hermosas que escribiera Menno Simons fue dirigida a la esposa de Rein Edes. En el original holandés, su nombre figura como Griet, y K. Vos establece que ella era la cuñada de Menno Simons (*Menno Simons* 1914, pág. 290). La carta fue motivada por cierta información que llegó a Menno de que ella estaba muy preocupada por la depravación que encontraba en su corazón; tenía grandes deseos de ganar mayor santidad y le perturbaba su falta de habilidad para alcanzarla. Menno intenta darle consolación y fortalecerla dirigiéndola hacia los méritos y la justicia perfecta de Cristo Jesús, recordándole que todos los santos en la historia tuvieron las mismas aspiraciones. La carta fue impresa en la *Opera Omnia Theologica* de 1681, folio 434 y en las *Complete Works* de 1871, parte II, págs. 401-402. Vos señala la fecha de la carta para el año 1557.

lamento mucho escuchar. Pero todos los días oramos: 'Padre Santo, hágase tu voluntad'. Y así transferimos nuestra voluntad al Padre para que trate con nosotros como sea de agrado a su santa vista. Por lo tanto, lleva la aflicción que se te asigna con un corazón resignado. Porque todo esto es su paternal voluntad para tu propio bien y para que te vuelvas con todo tu más íntimo ser desde todas las cosas transitorias hacia el Dios vivo y eterno. Ten consuelo en Cristo Jesús, porque tras el invierno sigue el verano y tras la muerte viene la vida. Regocíjate, oh hermana, de que eres una hija verdadera de tu amado Padre. Pronto será pagada la herencia de su gloriosa promesa. Pero un poquito aún, dice la Palabra del Señor, y el que ha de venir vendrá, y su galardón consigo. Quiera el Dios misericordioso y torlopoderoso, delante de quien has doblado tus rodillas a su honor, y a quien, de acuerdo con tu debilidad, has buscado, concederte un corazón fuerte y paciente, un dolor soportable, una recuperación gozosa, una restauración gratuita o una despedida piadosa mediante Cristo Jesús, a quien diariamente esperamos te acompañe, mi querida hermana y niña en Cristo Jesús.

En segundo lugar, entiendo que tu conciencia está perturbada porque no has caminado, ni sabes cómo caminar en tal perfección como la que sostienen ante nosotros las Escrituras. Escribo lo siguiente a mi fiel hermana, como una consolación fraternal desde la verdadera Palabra y verdad eterna del Señor. La Escritura, dice Pablo, lo encerró todo bajo pecado. No hay hombre justo en la tierra, dice Salomón, que haga el bien y no peque. En otro lugar se dice: siete veces cae el justo, y vuelve a levantarse. Moisés dice: Jehová; Dios misericordioso, misericordioso y clemente; tardo para la ira y abundante en bondad y verdad, que guarda misericordia a millares, que perdona la iniquidad, la transgresión y el pecado; delante de quien no hay uno sin pecado. Oh, querida hermana, nota esto, él dice: no hay uno sin pecado delante de él. Y David dice: no entres en juicio con tu siervo; porque no se justificará delante de tí ningún ser humano. Y también leemos; si pecaren contra tí (pues no hay hombre que no peque). Somos como suciedad, y todas nuestras justicias como trapo de inmundicia. Cristo dijo, además: "Ninguno hay bueno sino uno: Dios". El mal que no quiero, eso hago. En muchas cosas todos ofendemos. Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos y la verdad no está en nosotros.

Dado que queda claro, tomando en cuenta todas estas Escrituras, que todos debemos confesar que somos pecadores, como de hecho lo somos; y dado que ninguno debajo del cielo ha cumplido perfectamente la justicia requerida por Dios sino sólo Jesucristo; ninguno puede, por consiguiente, aproximarse a Dios, obtener gracia y ser salvo a no ser por medio de la perfecta justicia, expiación e intercesión de Jesucristo; así de piadoso, justo, santo e intachable como pueda ser. Todos debemos reconocer, quienesquiera que seamos, que somos pecadores en pensamiento, palabra y obra. Sí, si no tuviéramos delante de nosotros a Cristo Jesús, el Justo, ningún profeta ni apóstol podría ser salvo.

Por lo tanto, ten buen ánimo y consuelo en el Señor. No puedes esperar poseer en ti misma una justicia mayor que la que tuvieron en sí mismos todos los escogidos de Dios desde el principio. En ti, y por ti misma, eres una pobre pecadora, y estás, por el veredicto de la justicia eterna, enajenada, bajo maldición y condenada a la muerte eterna. Pero en Cristo y a través de él estás justificada y eres agradable a Dios, adoptada por él en gracia eterna como hija y niña. En esto se han consolado los santos a sí mismos; confiando en Cristo, estimando su propia justicia como inmunda, débil e imperfecta; se han aproximado con corazones contritos al trono de la gracia en el Nombre de Cristo y con una fe firme orado al Padre: "Oh, Padre, perdónanos nuestras ofensas como nosotros perdonamos a los que nos ofenden". Mat. 6.

Es una Palabra preciosa la que Pablo habla: Porque Cristo, cuando aún éramos débiles, a su tiempo murió por los impíos. Sí, siendo nosotros impíos, él manifestó su amor hacia nosotros por este medio. Porque si siendo enemigos fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más estando reconciliados seremos salvos por su vida. Rom. 5:6, 10. Mirad, mi amada y escogida niña y hermana en el Señor, esto te escribo desde el muy seguro fundamento de la verdad eterna.

Oro y deseo que te encomiendes a ti misma, tanto interior como exteriormente a Cristo Jesús y a sus méritos, creyendo y confesando que sólo su sangre preciosa es tu limpieza; su justicia, tu piedad; su muerte, tu vida; y su resurrección, tu justificación. Porque él es el perdón de todos tus pecados; sus heridas sangrantes son tu reconciliación, y su victoriosa fortaleza es la consolación y el apoyo para tu debilidad, como

te mostramos anteriormente desde las Escrituras, de acuerdo a nuestro pequeño don.

Sí, queridísima niña y hermana, viendo que encuentras y sientes tal espíritu en ti misma, deseosa de seguir lo que es bueno, y aborreciendo lo que es malo, y a pesar de que el remanente de pecado que queda en ti no está muerto, como ha sido el caso en todos los santos que se lamentaron desde el principio, como hemos dicho, puedes, por lo tanto, descansar segura de que eres una hija de Dios, y que heredarás el reino de la gracia en gozo eterno con todos los santos. Por esto sabemos que habitamos en él, y que él habita en nosotros, porque nos ha dado de su Espíritu. 1 Juan 4:13.

Oro sinceramente para que puedas entender correctamente por la fe esta base de consolación, fortaleza y aliento para tu conciencia y alma perturbadas, y que permanezcas firme hasta el fin. Te encomiendo, muy amada niña y hermana, al fiel, misericordioso y favorable Dios en Cristo Jesús, ahora y para siempre. Permitidle a él hacer contigo y con todos nosotros de acuerdo a su bendita voluntad, sea que permanezcas en la carne un poquito más con tu amado esposo e hijos, o fuera de la carne para el honor de su Nombre y para la salvación de tu alma. Tú irás delante y nosotros seguiremos, o nosotros delante y tú seguirás. Alguna vez ha de venir la separación.

En la ciudad de Dios, en la nueva Jerusalem, nos buscaremos el uno al otro; delante del trono de Dios y del Cordero, cantaremos alabanzas y alabaremos su Nombre en perfecto gozo. Encomiendo tu esposo y tus hijos a Aquél que te los ha dado; él se encargará de ellos. Que el poder salvador de la santísima sangre de Cristo sea con mi más amada niña y hermana, desde ahora y para siempre, amén. Tu hermano que sinceramente te ama en Cristo.

Menno Simons

SUBSCRIPCION GRATIS

¿Se ha unido usted a la lista de subscriptores de *Pregonero de Justicia*? Si no lo ha hecho, está invitado a hacerlo de inmediato. Las suscripciones son gratis para quienes las soliciten personalmente. Simplemente envíe su pedido con nombre y dirección a la siguiente dirección:

Pregonero de Justicia, P. O. Box 700,
Fallbrook, California 92028 EE.UU.

-
- Deseo unirme a la lista regular de subscriptores para continuar recibiendo gratuitamente el *Pregonero*.
- Les envío juntamente una lista de nombres y direcciones de mis amigos para que reciban un ejemplar gratuito y puedan tener la oportunidad de suscribirse por su propia cuenta.

Nombre _____

Dirección _____

CUPON DE PEDIDOS

(indique la cantidad que desea recibir y escriba su nombre y dirección abajo)

VOLANTES

FOLLETOS

_____ *El Cristo de la Historia*

_____ *Justificación Católica contra Protestante*

_____ *El Gobierno Ideal*

_____ *Cuatro Grandes Certezas*

PREGONERO DE JUSTICIA

_____ Vol. 1, Núm. 1

"El Bautismo del Espíritu Santo"

_____ Vol. 1, Núm. 2

"El Pentecostalismo Retado y Refutado" (límite—uno)

_____ Vol. 1, Núm. 3

"El Mensaje de San Pablo" (límite—uno)

_____ Núm. Especial

"La Justificación por la Fe"

_____ Vol. 2, Núm. 1

"Paradojas Bíblicas"

_____ Vol. 2, Núm. 2

"Protestar o Perecer"

_____ Núm. Especial

"La Justificación por la Fe y el Movimiento Carismático"

_____ Vol. 3, Núm. 1

"La Ley y el Evangelio"

_____ Vol. 3, Núm. 2

"El Mensaje del Movimiento de Santidad"

Nombre _____

Dirección _____
